

# ***Colectivo Cultural Esperpento: ¿una historia innecesaria?***

**Luis GARCÍA MARTÍN \***

**L**a heterodoxia social, la curiosidad, el azar y el aburrimiento son las causas que condujeron la formación del Colectivo Cultural Esperpento en el colegio San Viator de Madrid. El proyecto nació y murió entre alumnos. El pretexto fue el deseo de organizar un concurso de cuentos; el texto fue todo lo que sigue.

La psicología moderna apunta, como causa directa de la neurosis, un desajuste radical entre las intenciones y las posibilidades de realización. La medicina especializada, por su parte, considera las mismas causas motoras en la formación de úlceras estomacales. Es lo que los profanos, mairenianos adictos, llamamos disgusto. Sin embargo, cuando capitaneé en 1979 con un compañero de COU la creación de un grupo cultural en el centro, no era consciente de que tal atrevimiento me llevaría en el futuro al diván de un psicoanalista y de que sólo gracias a una alimentación controlada podría poner mi estómago a salvo.

## **Una península amenazada**

Pronto se formó, en torno a la idea, un grupo de veinte personas. De ellas, al cabo de unos meses, sólo sobrevivimos seis. Las demás habían llegado al grupo como consecuencia de lamentables errores. Unos, porque eran amigos de otros. Otros, porque eran amigos de otros más (y ya se sabe la solidaridad que se impone en estos casos para con los amigos). Algunos, porque no eran amigos de nadie y andaban probando suerte. El resultado fue, pues, un conjunto heterogéneo de intereses dispares.

---

\* Estudiante de filología hispánica. Ex-alumno del Colegio San Viator de Madrid

El desarrollo desbordó en seguida todas las previsiones, y el proyecto inicial acabó perdiendo su identidad original. Comenzaron las reuniones. Y se pasó por alto un planteamiento fundamental, lo que dio lugar a innumerables confusiones posteriores: la ideología del grupo. Se trataba de ver, en primer lugar, qué entendíamos por cultura, y por tanto qué fronteras teníamos; ver qué finalidad había, qué pretendíamos conseguir; ver si se iba a presentar una cultura próxima a los alumnos o no (dicho en otras palabras, si se iba a tratar de llegar a todos o sólo a una élite iniciada); discutir qué metodología se iba a seguir, si es que íbamos a seguir alguna; etcétera. Pero todos estos planteamientos ideológicos, que hubieran ofrecido una coherencia y una línea de pensamiento al grupo, se omitieron (y no porque estuvieran implícitos). Y poco a poco, si no de golpe, el colectivo cultural se fue convirtiendo en un grupo de acción donde no subyacía nada, donde lo único importante era organizar. Comenzaron a plantearse las cosas en nivel cuantitativo: valorábamos el número de conferenciantes que habíamos conseguido, el número de revistas que habían aparecido y el número de películas que habíamos proyectado. Así, el interés dejó de preocuparnos progresivamente; comenzamos a elaborar subproductos cuyo único valor era participar en la memoria de actividades de final de curso. Escritores de segunda fila y actores de reparto desfilaron por las salas del colegio participando en aburridísimos coloquios a los que no asistía nadie. Sin embargo, nosotros conservábamos el consuelo de pensar que estábamos realizando una labor maldita que nadie secundaba por ignorancia.

Y efectivamente, esto también era cierto. A lo largo de los cuatro años de la historia del Colectivo Cultural Esperpento la dificultad con que repetidamente tropezamos, la espada de Damocles que una y otra vez caía sobre nuestra labor, fue esa radical indiferencia —cuando no burla— de que fuimos objeto entre los alumnos del centro, nuestros interlocutores que siempre callaron.

En una encuesta que pudimos hacer entre los alumnos de los tres cursos del bachillerato, sin ningún valor científico, pero orientativa, se revelaba que más del setenta por ciento iba al teatro menos de una vez al año y al cine menos de una vez al mes; que esa misma proporción confesaba sin ningún pudor leer exclusivamente subliteratura y ver por término medio cuatro horas diarias de televisión; que casi la totalidad aseguraba no haber visitado jamás una exposición ni haber escuchado activamente un disco anterior a los tiempos del rock; y, por último, que sólo una cuarta parte pintaba o escribía versos de vez en cuando. En el colegio San Viator (como en tantos otros lugares), la actividad artística e intelectual se identifica demasiado fácilmente con la actividad académica: la «pedagogía» ha terminado por degradar todas las inquietudes en este terreno, y —aún más— las ha transformado en un rechazo preocupante. Los alumnos prefieren (cuando prefieren) otro tipo de actividades: deportivas, de aire libre o religiosas, que ofrecen otros estímulos. Compañeros míos se decidían por estos grupos por el triunfo físico que brinda un equipo de baloncesto o por las intenciones nada honestas de seducir a alguna hermosísima muchacha del grupo catequístico. Esperpento, por el contrario, significaba una especie de doctrinarismo pedante, serio y aburrido, estático y reflexivo, y quedaba reservado a los críticos precoces que —por razones no siempre explicables— sentíamos alguna inquietud creativa en la dirección intelectual.

Esperpento, por otra parte, nunca recibió un apoyo institucional que fuera más allá de la tolerancia y de la subvención. Ningún religioso o profesor consintió nunca en orientar el grupo, coordinarlo y representarlo, y de haberlo pretendido nosotros nos habríamos negado por lo que ello tendría de limitación de nuestra libertad de actuación. Pero tampoco nunca –y esto sí lo pedimos repetidas veces– se nos abrió camino desde las tarimas de las aulas. Ningún profesor actuó jamás en nuestra defensa o siquiera en nuestra consideración. Se nos aceptó siempre, desde ambos lados de la barrera, como un grupo marginal que realizaba una labor tal vez curiosa pero innecesaria.

Contamos, eso sí, con subvenciones suficientes. La Asociación de Padres de Alumnos nos incluyó en sus presupuestos y nos permitió trabajar con ese dinero. Y nunca tuvimos que dar, a cambio de ese dinero, una propaganda ideológica. Tanto desde la Asociación de Padres como desde la dirección del colegio se nos ofreció siempre una carta de libertad, una total autonomía para hacer y deshacer. Nadie pretendió, en ningún momento, censurar artículos de la revista, desautorizar conferencias o prohibir películas. En una experiencia posterior al Colectivo Cultural Esperpento, en la que también participé, en otro centro de enseñanza media, este servilismo ideológico, sin embargo, era la regla general, y se apoyaba en la estricta defensa de la moral, el orden y la convivencia, entendido todo esto, no sin cinismo, como una asepsia inmunizadora.

Esperpento era, pues, una península; rodeado de agua por todas partes menos por una, que progresivamente se fue agrietando hasta que el grupo derivó como una isla y más tarde se sumergió. Durante esos cuatro años de superficie hubo toda una serie de realizaciones que, cuando menos, nos sirvieron a aquéllos que las hicimos posibles.

## **La revista: una personalidad propia**

Tal vez lo primero fuera la revista. No se dejó vencer esa tentación de la comunicación directa y personal. Fue la actividad más íntima y más continuada del grupo, y ofreció su identidad, su progreso y su última decadencia. De comienzos pueriles, prueba del arrojo más inexperto, llegamos a una cierta autoridad periodística. El aprendizaje arrinconó los equívocos y estableció una línea creciente de perfeccionamiento en un nivel estético y en un nivel de contenido.

Al principio, la estética de la revista se limitó a algunos detalles insuficientes, tan ingenuos como la impresión en folios de color. El presupuesto nos obligaba a que la revista fuera mecanografiada y reproducida en fotocopia u offset. La maquetación era deficiente: los artículos se agolpaban sin medida, las páginas no mantenían ninguna unidad, los dibujos cumplían la única función de rellenar huecos vacíos, los títulos aparecían desigualmente rotulados a mano y no se guardaba ninguna unidad en los signos. No había, en definitiva, una labor de coordinación. El trabajo se repartía arbitrariamente (alguien continuaba mecanografiando o maquetando una página comenzada por otro sin guardar una unidad) y las pretensiones estéticas eran limitadas.

Tras el segundo número, comenzaron a rectificarse los despropósitos. Apareció, sin institucionalizarse, la figura del director, y los errores fueron

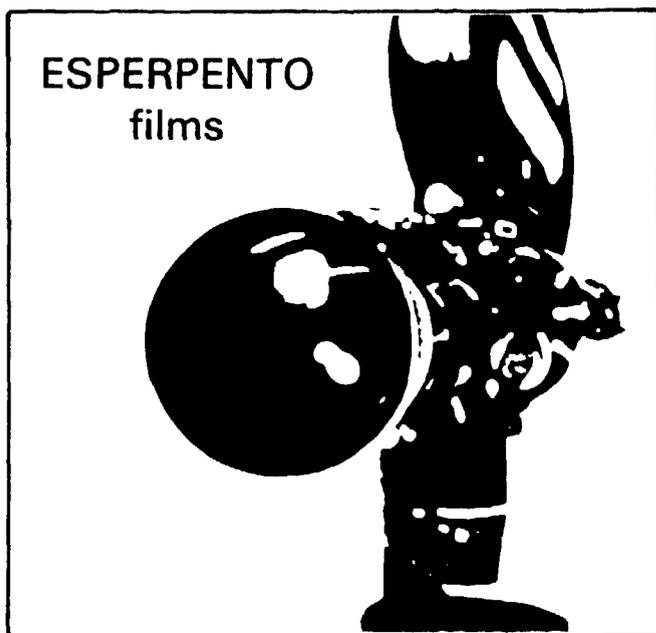
ya, al menos, uniformes. Hay una serie de correcciones estéticas: se usan plantillas para los títulos (más tarde se utilizará la letra adhesiva); aparece una intención explícita de evitar las erratas; las distancias se miden de forma que haya márgenes equilibrados; los artículos se maquetan en páginas completas o en medias páginas; los dibujos pasan del vanguardismo más exasperante a un clasicismo mucho más aparente, y aparece la fotografía como forma de ilustración; se unifica el tipo de letra; se descubre el antetítulo y sus posibilidades; se subraya; las páginas se numeran con cuidado y aparece en el margen superior la fecha y el nombre de la revista; y se justifican los márgenes laterales utilizando un complicado procedimiento artesanal.

Paralelamente a este proceso, el contenido de la revista se desprendió de su mediocridad inicial y buscó una conciencia de estilo. Hubo tres fases en esta segunda evolución de la Revista cultural Esperpento. En una primera, vendidos a una cortesía solidaria, ninguno de los miembros del grupo se atrevía a negar la publicación de un artículo por el temor de enemistarse con su autor. La revista se convirtió, así, en una sucesión de artículos de diferente calidad, sin orden ni coherencia. El proceso que se siguió fue este: cada uno escribía su artículo (desde una poesía hasta la crítica de un programa de televisión), se presentaba en la reunión del grupo, y con todos ellos, agrupados en una aproximación temática que se denominaba «sección», se construía la revista. Era una colección de textos sin unidad. No había, por otra parte, rigor alguno. Aspirantes a críticos que carecían de argumentos, encadenábamos adjetivos sin razonar; aspirantes a cronistas reporteros, relatábamos desde nuestro cuarto; aspirantes a poetas, rimábamos en consonante espantosos versos de amor adolescente; etcétera.

En la segunda fase, todo comenzó a tomar un orden riguroso. La revista se estructuró rigidamente en secciones, con encargados respectivos que coordinaban las mismas y que intentaban darles una coherencia interna. Bien por un grado de confianza interpersonal adquirido, bien porque ya vimos colmada nuestra ambición de publicar en la anterior fase o bien por el nacimiento de una justa conciencia profesional de la redacción (que siempre fuimos todos), el hecho es que empezaron a rechazarse artículos, y por lo tanto a seleccionarse en función de su calidad o de su oportunidad. Por otra parte, la experiencia hizo su labor y ya los críticos eran más críticos, los cronistas menos sedentarios y los poetas descubrieron el verso libre.

Por último, apareció en Esperpento la necesidad de una personalidad propia. Perdimos por completo nuestra vanidad firmada y empezamos a ocuparnos de la revista. Nació verdaderamente el trabajo periodístico. Desapareció la separación temática de las secciones, que se transformaron en formas y fórmulas. El grupo (y no ya los individuos) comenzó a preparar, programar y realizar entrevistas y reportajes. Pedimos para cada número un artículo de una firma importante, el editorial dejó de ser una página de presentación para convertirse en una página de opinión. La ordenación de la revista perdió rigidez y ganó claridad. Sólo el último número —el número 11— que apareció en los meses del desencanto previo a la desaparición del colectivo, volvió a hacerse apresuradamente y sin cuidado.

Siempre hubo un intento de que la revista llegara a los alumnos con facilidad, aunque preparábamos su contenido de acuerdo con nuestros gustos y nuestros intereses. La tirada era de cien ejemplares (que nunca hubo problemas para vender) y el precio de diez pesetas, sesenta menos de su coste.



### **Las actividades: balance desigual**

La otra gran actividad que desarrolló Esperpento fue el cine, el trabajo con la imagen. En el comienzo de su segundo año de vida, ya estabilizado el colectivo, se discutió la arriesgada posibilidad de organizar un ciclo de veinte películas en super-8. Se temía que no hubiera respuesta y fuera un fracaso anunciado. Después de varias discusiones, acabó aceptándose la idea. Se hicieron unos bonos para las veinte películas al precio de trescientas pesetas y se consiguió vender casi todos. Como la sala de proyección era pequeña (apenas sesenta butacas), se organizaron cuatro sesiones, dos el viernes por la tarde, una el sábado por la mañana y otra el sábado por la tarde. El éxito fue completo. Fue la única actividad rentable en la historia del grupo: se sacó un beneficio de cien mil pesetas.

Pero la actividad exigía una constancia que acabó venciéndonos. Al final del curso, en las últimas películas, el desorden era generalizado: había sesiones que se suspendían en el último momento porque nadie podía acudir a proyectar la película, títulos que se cambiaban por negligencia en las reservas, desgana, falta de control, etcétera. No obstante, nos atrevimos –movidos esta vez por los beneficios económicos que nos permitían desplegar otra serie de actividades– a repetir la experiencia el año siguiente, esta vez con películas infantiles destinadas a los grupos de enseñanza general básica. El éxito inicial fue similar, pero la degradación final fue mucho más estrepitosa y se cerró definitivamente la posibilidad de repetir, esta vez a instancias de la dirección del colegio, como consecuencia de los desórdenes que se producían en los pasillos y de las quejas que hasta allí habían llegado.

En el último año, como actividad interna del grupo, se planteó la posibilidad de rodar un cortometraje en super-8. Contábamos con material recogido

de diferentes sitios; sólo necesitábamos la película virgen. Escribimos un guión, hicimos un equipo de trabajo y comenzamos. El rodaje de *También se llama deseo* fue una experiencia muy grata; sirvió para que aprendiéramos a trabajar en cine, a verlo desde dentro, y a la vez para cohesionar al grupo. Más tarde, cuando acabamos éste nuestro primer corto, comenzamos otro, más ambicioso y más complejo: *Retrato en blanco y negro*. El Colectivo Cultural Esperpento se cerró alrededor de estas películas para desarrollar una labor creativa poco frecuente entre alumnos de enseñanza media: aprendimos qué es un plano, una secuencia, un travelling, cómo se monta una película, cómo se dobla, etcétera; y tal vez haya sido ésta, entre todas las actividades que realizamos, la que más satisfacción nos haya ofrecido. Las películas fueron posteriormente exhibidas en el colegio y en una asociación madrileña de cineastas aficionados.

Las conferencias y los coloquios también fueron una de las actividades de base, de las que pretendimos que fueran continuadas. Las dificultades fueron, fundamentalmente, dos: la absoluta indiferencia con que acogían los alumnos del centro estos actos y lo problemático que resultaba que alguien con cierta autoridad acudiera sin cobrar, o cobrando una cantidad simbólica, al colegio. En alguna ocasión tuvimos que devolver al conferenciante a su casa del mismo modo que había llegado, ante la absoluta carencia de auditorio. Pudimos, sin embargo, organizar actos interesantes en los que obtuvimos distintas respuestas.

Tres ediciones del concurso de cuentos Esperpento (ese concurso que estuvo en el principio del colectivo) alcanzamos a programar. En ninguna de las tres tuvimos una respuesta aceptable. La participación basculó entre las diez y quince personas, que además se repetían año tras año. Los premios se entregaron los dos primeros años en libros y el tercero en metálico, buscando una mayor participación que no se consiguió. Tampoco servía de nada la propaganda o el proselitismo personal: existía un completo anquilosamiento creativo que no supimos superar. El fracaso del concurso de cuentos cerró la posibilidad de otros concursos.

Las demás actividades fueron siempre ocurrencias circunstanciales que no se sostuvieron. Un montaje teatral que intentamos hacer acabó superando nuestra constancia en los ensayos, y tal vez quisimos reservar nuestra capacidad dramática para las reuniones del grupo, que alcanzaban ya el tono de tragedia decimonónica. Proyectamos también, en un par de ocasiones, documentales musicales que nos prestaban en embajadas o institutos nacionales, sin que despertaran ningún interés. Un montaje poético, un viaje a París para entrevistar a Julio Cortázar —entrevista que acabó siendo publicada por *Diario 16* en sus páginas centrales—, una salida al teatro de los alumnos de COU, que organizamos y apoyamos económicamente, son algunas más de las actividades que el Colectivo Cultural Esperpento organizó en el Colegio San Viator.

## Y el nuevo silencio de la ausencia

Explicar por qué desapareció es bastante simple. Había un grupo de personas en la dirección del colectivo —aquéllas precisamente que dábamos empuje— que no se renovó. Fue, por decirlo así, el colectivo de las mismas perso-

nas. Y poco a poco se nos fue quedando pequeño y nos fuimos cansando. Ya no alumnos, sino ex-alumnos, buscamos otros lugares, otros grupos con diferentes posibilidades (la universidad, los centros oficiales) y nadie nos sustituyó al frente de Esperpento. Se había convertido, poco a poco, en una rueda cerrada sin salidas, sin fuerza nueva. No tenía, por otra parte, demasiado sentido continuar al frente de una labor que nadie respaldaba, que nadie escuchaba: ¿organizar para quién? Surgieron, además, enfrentamientos abiertos con personas de la dirección del colegio, que no veían con agrado nuestra existencia. Nadie se preocupó demasiado por sostener un grupo que, como queda dicho, aunque resultaba curioso, tal vez era innecesario. Y nadie está dispuesto a difundir las grandezas de la extravagancia entre sus explicaciones de matemáticas o de física cuántica.

Desaparecido Esperpento a finales del curso 82-83, entre nostalgias y alabanzas, dos grupos se lanzaron a tapar la fosa cultural que quedaba, profunda y desolada. La lejanía y academicismo de la Asociación Cultural Zofio –grupo de un barrio próximo que utiliza las salas del colegio para las conferencias que organiza– y el fracaso de las tentativas de la Asociación de Antiguos Alumnos, dejan aún el campo abierto. Se precisa algo –repárese en la ambigüedad del término– que hunda sus raíces en el propio colegio, conectado con su ambiente y su forma de ser; sólo así se evitará una espectacularidad que hace pose para la galería en busca de prestigio. Y nada surgirá mientras no haya una firme decisión de la dirección del colegio –de todos los colegios e institutos– para impulsarlo con toda su fuerza. Mientras los profesores no expliquen detenidamente a los alumnos que la belleza –la cultura, que otros llaman– empieza justo donde terminan los planes de estudios. Mientras no existe, en definitiva, la seria convicción en las altas jerarquías de que es imprescindible la existencia de un grupo cultural integrado en la actividad del colegio para que éste pueda cumplir con dignidad la función que la sociedad le ha otorgado.

Y volverán las oscuras golondrinas... Claro que *aquellas* no volverán.

